

tal como hizo en una escena memorable del libro, donde Francisco tomó por asalto el micrófono del auditorio donde se llevaba a cabo su acto de grado (repleto, claro está, de lectores fanáticos de la obra de Cortázar) para anunciar sin pudores que Julio Cortázar había mantenido durante años una relación homosexual con un matemático angoleño. Además, se atrevió a mencionar un par de cuentos (de los más mentados del escritor argentino) donde se hacía un muy subliminal énfasis en una relación uranista y de índole *inacceptable para la sociedad* con su pareja secreta.

Bastaron dos días para que Vladimir leyera *Todos los fuegos ocultos* en su totalidad y sólo cinco para que lo diera a conocer ante la junta directiva. « Sencillamente genial ». Exclamó ante los cuatro jefes, mientras les extendía el manuscrito indicándoles que se trataba del segundo libro de Rodolfo Maya, aclarando todas las dudas que surgieron y recibiendo (¿cómo no?) el visto bueno para la posterior publicación.

CAPÍTULO XI

El reloj despertador le sacó de su plácido sueño. Todavía dormido, estiró un brazo hacia el lado izquierdo de la cama para sentir, como una prueba de la misma realidad, la espalda desnuda de Rosa Virginia. Desde que decidieron romper todo tipo de miedos y comenzaron una vida juntos, las discusiones propias de la convivencia fueron, apenas asomaban, diluidas entre los fuegos de su amor. Era la segunda semana desde que se había lanzado al mercado el segundo libro de esa trilogía sin nombre de la cual se ocupaba; los elogios no tardaron en llegar y aunque la controversia hacía vida en cada una de sus páginas, nuevamente un libro de Rodolfo Maya alcanzaba la cúspide del éxito. Debido al riguroso retiro del escritor de la obra, su entregado editor cargó con todos los procesos inherentes a la promoción y validación del mismo. No era una tarea que disgustase a Vladimir, pues siempre había disfrutado a plenitud todos los momentos que le llevaban a ser el foco de atención, pero había un vacío en esa nueva aventura, el cariño que había surgido entre él y Rodolfo trascendía cualquier necesidad de reconocimiento público... se trataba de su amigo.

Se sentó en la orilla de la cama mientras echó un lento vistazo alrededor de la oscuridad que rodeaba su habitación; no había entre las cuatro paredes algo que lograra divisar entre tanta negritud. A su lado reposaba en calma la espalda de Rosa, acompasados respiros cantaban y hacían danzar sus omóplatos, él asentó su fría mano sobre la pequeña

espalda de su amada como para frenar el desenfrenado baile de su respiración, a modo de juego quiso ver qué tan sólido es el dormir (o el soñar) cuando un agente externo interviene; siendo así una metáfora pensada exclusivamente para Rodolfo, ¿qué agente (de existir alguno) puede hacer parir a un soñador una tremenda indiferencia por su sueño alcanzado? Sólo un incauto podría saberlo. Sólo un egoísta es capaz de dejar perder sus sueños logrados en una telaraña metafísica de existencialismo y crueldad masoquista.

Un desarraigo de este tipo no es más que miedo o pánico a los sinsabores que pueden presentarse una vez que un sueño se ha alcanzado, reflexionaba Vladimir mientras pintaba sobre el lienzo de Rosa pequeños corazones que le ayudaban a soportar el oscuro mundo de su habitación. En esa petra ceguera Vladimir recordó —sin motivo aparente— a la cuentista Gipsy Gas, una mujer de marcados ideales marxistas y de una prolija prosa desprovista de florituras innecesarias. No entendió los motivos que le llevaron a situar a Gipsy en su mente, sobre todo teniendo al lado a la mujer más perfecta que sus manos habrían tocado jamás. Por un momento pensó que aquel antojo inusitado se debía a la presentación del más reciente trabajo literario de Gipsy, el cual había recibido tantas o mejores críticas que *Todos los fuegos ocultos*. En algún momento de la presentación de los lamentos de Gipsy, ésta se acercó a Vladimir y le ofreció una cerveza que él no supo rechazar. Charlaron brevemente sobre nimiedades, cualquier evento que pudiese servir para alejarse de manera efímera de cualquier controversia literaria, como si fuesen dos almas atadas a un sempiterno tema, buscando

(tomados de la mano) huir de la monotonía de una temática obligada. Eran como dos niños hartos de jugar con muñecas y balones de fútbol que, en un momento de lucidez angelical y como llamados por el mismo hilo de plata, se tomaban de las manos y se zambullían en un charco de barro donde era posible dar rienda suelta a la libertad añorada. Hablaron de política y de la familia, de distintos tipos de licores e incluso de la forma de la luna, pero cuando se vive de madera, más temprano que tarde se ven polillas hasta en el algodón; así que terminaron hablando sobre cuán difícil se le había puesto a los jóvenes escritores recibir la atención de las inalcanzables manos dueñas de la literatura. En cierto modo Vladimir se sintió aludido por el comentario inicial de Gipsy, luego entendió que se trataba de una simple generalización, de una mordaz crítica al actual sistema que enmudecía a tantos talentos en el mundo. Posiblemente estemos obligando al Kafka de la actualidad a ser oficinista en una compañía de seguros, quizá estemos (sin quererlo, asumiendo que no es por mala intención sino por falta de tiempo) sumergiendo al Whitman de la época en horarios nocturnos en alguna farmacia de turno. Decía Gipsy con un suspiro de fastidio. Vladimir guardaba silencio mientras mojaba sus labios con la cerveza que empezaba a calentar, trató de defender a los editores, pero sólo alcanzó a balbucear alguna incoherencia atrapada en el acto por la cuentista caraqueña. No tomes mi comentarios como algo personal, para nada; esos inmensos edificios donde pululan diariamente editores y especialistas, algunos de ellos pasan horas detectando en la literatura inédita algún punto de inflexión sobre el cual valga la pena trabajar. Eso lo sé, pues bastante pateé calle para conseguir mi primera publicación. Lo que